

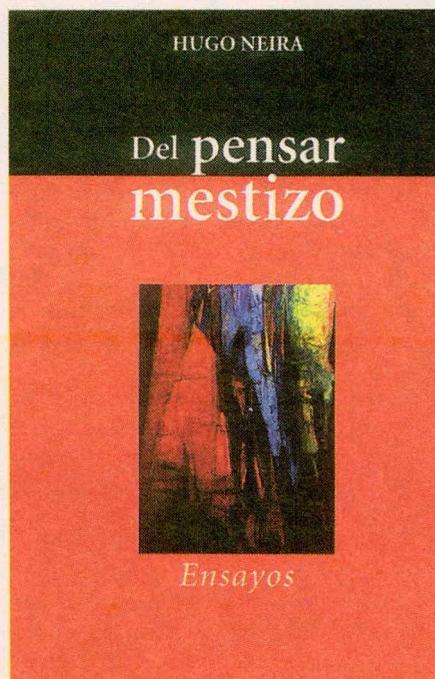
"La verdadera identidad es la de los derechos ciudadanos"

Una conversación con Hugo Neira, a partir de su último libro *Del pensar mestizo*

→ por **Jorge Paredes**

De una larga estancia en Francia, Hugo Neira es prácticamente un intelectual insular en el medio académico peruano. Sus trabajos por lo general desbordan las disciplinas de la historia, la sociología, la antropología, la economía, la psicología, y se nutren de referentes tan dispares como la filosofía clásica, la literatura o la cultura popular. Construir metáforas o transportar conceptos de distintas disciplinas para explicar y entender lo que sucede en nuestros países ha sido en gran medida su aporte intelectual. Términos como "cesarismo populista" para referirse al aprismo en el Perú o el peronismo en la Argentina; o la inclusión en el debate social de una palabra como "anomia" para definir el caos en que se debatía (y debate) el Perú, dan cuenta de ello. En este nuevo libro (*Del pensar mestizo*, editorial Herética, 2006, 446 pp.), Neira revisa todas estas ideas, teniendo como telón de fondo el cambio de siglo. "Solo lo intercultural e interdisciplinario nos permite expresar lo complejo", dice. Y cita al filósofo Richard Rorty, quien pide recurrir a metáforas para introducir algo distinto que no está en el pensamiento corriente.

En la introducción señala que trabajó estos textos en una suerte de "nomadismo intelectual", escribiendo y pensando desde Europa los problemas de América Latina y del Perú. ¿Cuánto cambia la visión del intelectual el hecho de escribir desde el centro sobre la periferia?



—En mi caso particular he tenido una lucha constante en el medio universitario europeo contra los estereotipos sobre América Latina. Con los profesores que mejor me llevé fue con aquellos que estaban más abiertos a la novedad y entendían que nuestros fenómenos para bien o para mal aportaban, por ejemplo, Francois Bourricaud, quien en alguno de sus trabajos toma en cuenta muchas cosas mías, o Alain Touraine. Cuando, por ejemplo, venía una definición de un fenómeno como el Apra, yo intuía, sin ser aprista, que no se le podía catalogar con ninguna nomenclatura de izquierda o de derecha. A los argentinos les pasaba lo mismo con el peronismo, que para la izquierda era una clase obrera extraviada, manipulada por un líder, lo que en parte era cier-

to; y para la derecha era un grupo fascista, lo cual también era verdad; pero había más, un elemento de fervor que escapaba a estas clasificaciones. Así, encontré un concepto que podía aportar. Pensaba que estos movimientos eran una combinación de personalidades fuertes y masas desglosadas del fenómeno de clase, masas en estado de disponibilidad, decía Gino Germani. Estos populismos verticales, carismáticos, recogían demandas sociales que en Europa serían de izquierda, pero que aquí seguían una conducción extraña, bizarra. A esto lo llamé "cesarismo populista". Y esta clasificación hoy se maneja para dar cuenta de algo nuevo, emergente, que no ocurre en sociedades industriales, pero que sí pasa en las nuestras.

¿Esto tiene que ver con la herencia caudillista, con la política del clientelaje?

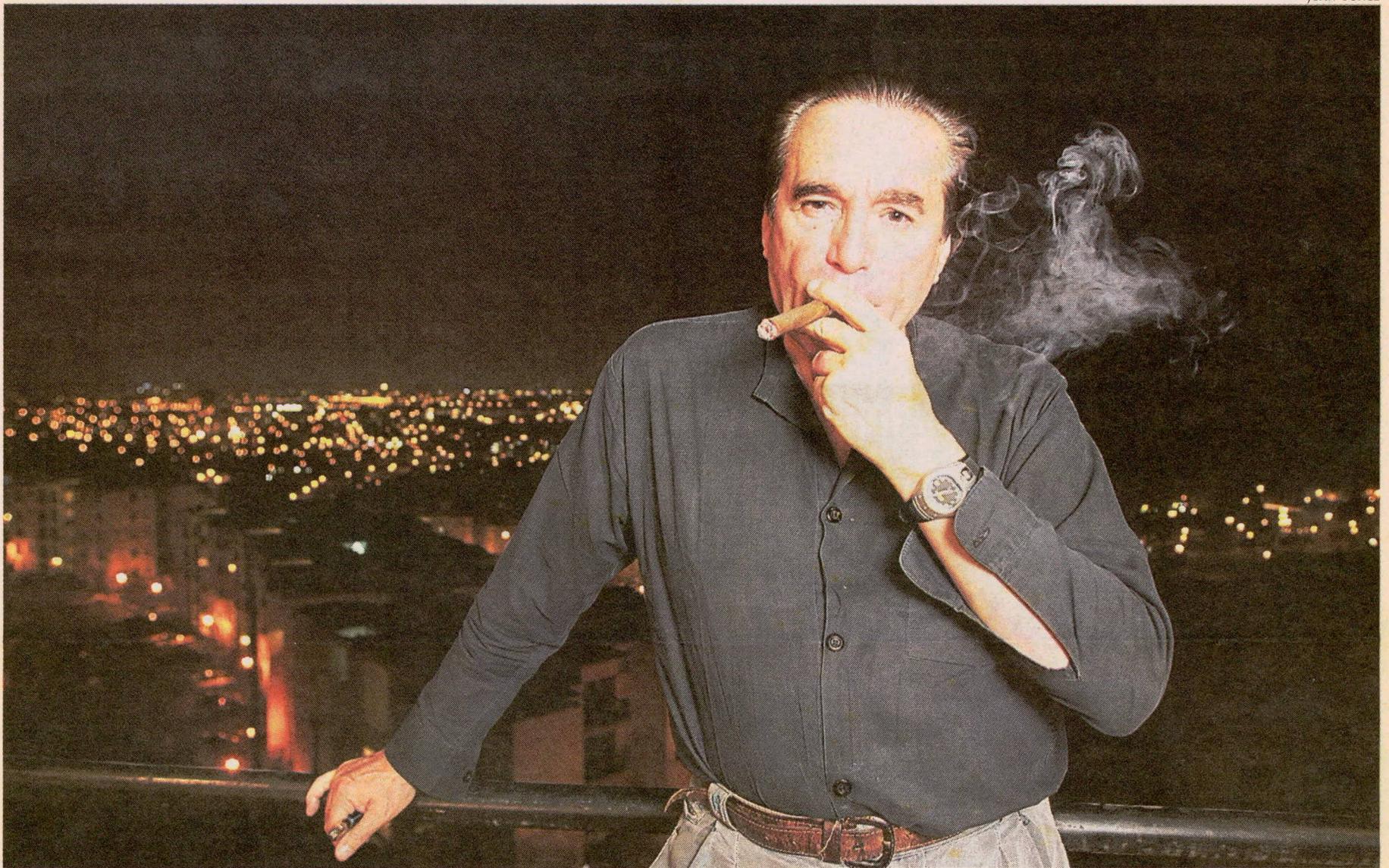
—Tiene la herencia del caudillismo urbano, del cual Piérola es el primer antecedente. Es interesante la figura de Julio César, de quien viene lo de cesarismo. Él era un miembro de la clase dominante, su familia era rica, pero en un momento dado se pone del lado del pueblo. Él es un patricio que se vuelve popular. Lo extraordinario de estos cesarismos populistas es que combinan comportamientos verticales, mesiánicos, jerárquicos, que han estado en las derechas en el resto del mundo, pero que aquí se ponen a la cabeza del pueblo negro, cholo, zambo, blanco, pobre.

Usted afirma que estos cambios de siglo permiten el desarrollo de generaciones que reflexionan sobre el momento que les toca vivir; en ese sentido critica a las ciencias sociales

actuales porque han tendido a la fragmentación de la realidad y no a la síntesis articulada, y reclama recuperar en ese aspecto a Mariátegui.

—La sociología se ha fragmentado porque entró en el siglo veinte en una etapa de profesionalización. Y voy a decir cosas favorables: se volvió una ciencia seria, con un campo específico de conocimiento, y se crearon escuelas de antropología, economía, sociología, pero lo que no se ha seguido con la misma intensidad son dos cosas: la aparición de nuevos criterios teóricos y la puesta en marcha de trabajos interdisciplinarios. Acá no hemos seguido el ritmo del primer mundo en el campo epistemológico, hay conceptos que acá no se conocen o no se trabajan. Un pensador como Touraine habla hoy en día de un nuevo paradigma, ¿qué quiere decir esto? Que hay otros conceptos, como el de auto-organización, que es un concepto enorme que viene de la biología y que ha pasado a las ciencias sociales; conceptos como el azar, el orden y desorden, el tema del caos como una categoría que va de las ciencias de la naturaleza hasta las ciencias humanas y sociales.

Yo vengo trabajando en estos nuevos sistemas emergentes desde hace tiempo. Me he ocupado de los apristas emergentes de los años veinte y treinta del siglo pasado; de los intelectuales inconformistas, de Garcilaso a Scorza; de los campesinos sin partido, pero recuperadores de tierras de los años sesenta; de los ahorados de la anomia, desde los ochenta; todos son sujetos sociales nuevos, y yo los he llamado sujetos de "realidades autárquicas". Y en el último trabajo de un profesor español de Ciencias Políticas, Demetrio Velasco Criado, se ha-



↑ Hugo Neira es desde hace cinco meses director de la Biblioteca Nacional.

bla de lo mismo, bajo el título de nuevos movimientos sociales.

El libro vuelve a un viejo problema peruano, el de la identidad. ¿Por qué insistir en el tema? ¿La idea del Perú pluricultural y de la identidad múltiple no lo satisface?

—Hoy la verdadera identidad son los derechos ciudadanos. Es cierto que somos una sociedad habitada por varias culturas, pero no somos la sociedad más fragmentada del mundo. México es tan fragmentado como nosotros, igual que España, pero ¿qué hace que un catalán viva con tranquilidad su diferencia con el resto de españoles? ¿Qué hace que haya una identidad americana en Estados Unidos? ¿Qué tienen en común los norteamericanos?

Absolutamente, nada. Ni los orígenes raciales o étnicos, hay anglo-americanos, ítalo-americanos, afro-americanos, asiático-americanos, Estados Unidos es el mosaico cultural más complejo del planeta, pero qué hace que todos digan yo soy norteamericano: los derechos ciudadanos. El derecho de ser igual al otro y de ser diferente al mismo tiempo. El tema de la identidad no es qué tipo de comida comemos, sino pasa por si dejan o no dejan entrar a un muchacho a una discoteca de Lima, si hay prejuicios al darle el trabajo a alguien. Hoy existe la utopía del individuo contemporáneo indiferente a qué país nace y en qué país vive, y que se maneja con la misma cultura de la empresa y del consumo. Pero esta vida estándar está siendo negada por los mismos he-

chos. ¿Qué tenemos? Un tiempo de tribus, dice Michel Maffesoli. Lo que son en efecto la cultura pop, el consumo juvenil, las nuevas formas de sociabilidad. O viene la era del vacío, sigo a Lipovetsky, en un ensayo sobre el individualismo moderno. Alguien dirá que estos no son nuestros problemas, pero sí lo son, son los problemas de nuestros sectores medios y altos que establecen las pautas de conducta en la parte más alta de la vida peruana.

En el último capítulo trata sobre la anomia, asociada a la desintegración, la involución del país. Suena terrible este diagnóstico.

—En los ochenta, cuando regresé al Perú, encontré un país extremadamente caótico, entonces apliqué el concepto

de la anomia, como esa fuerza que hace que el país se organice y se desorganice a la vez, que se construya y se autodestruya al mismo tiempo. Yo creo que la anomia es una crisis de entrada a la modernidad. Cada día pedimos más normas, queremos que se fiscalice al gobierno, a las instituciones, todas esas son señales de modernidad, pero el tránsito no es fácil. Si hubiéramos entrado ya a la modernidad, seríamos menos machistas, más puntuales, ordenados e incluso más aburridos. Y no es que llegaremos a ser suizos o belgas, pero se puede ser sociable y eficaz, el mejor ejemplo es España. La modernidad en la que estamos entrando es ambivalente, da y quita, entrega y prohíbe. La anomia no es más que una enfermedad transitoria. ■